

Ángel del Infierno

*Vida y andanzas de Sonny Barger
y el Club de Motoristas Ángeles del Infierno*

Ralph *Sonny* Barger
con Keith y Kent Zimmerman

Índice

Agradecimientos	6
Introducción	7
1 Reunión en Custer	21
2 Oakland obrera, Jungle Jim's y Ralph el estibador	31
3 En el Pozo de la Serpiente	47
4 Harley, <i>chopper</i> , <i>full dresser</i> y ruedas robadas	73
5 Los orgullosos, los (Asquerosos) Elegidos... los Ángeles del Infierno	95
6 Parientas, novias y la doncella de Livermore	125
7 Los fabulosos y lisérgicos años sesenta	149
8 A través de la jungla, Porteville y billar con una automática .	171
9 Deja que sangre: sin compasión para los diablos de Altamont	193
10 Asesinato, caos, la vida al margen de la ley	205
11 Encerrado y abatido, los Ángeles en chirona	225
12 RICO, y una mierda, la ley con nombre gracioso	245
13 Chivatos, infiltradores y delatores del Gobierno	271
14 Taz supera la gran C	281
15 Oakland en el retrovisor y la autopista Carefree en el parabrisas	291
Despedida y encierre	305

Introducción

SIEMPRE HE TENIDO CLARO que si contaba mi historia con franqueza, tal como sucedió y sin pedir disculpas, los moteros y los que aman la libertad y las carreteras interminables apoyarían este libro y conseguirían que se convirtiera en un éxito de ventas. Y así ha sido. A las pocas semanas de su publicación *Ángel del Infierno* fue superventas en Estados Unidos, Reino Unido, Canadá y Alemania y se está traduciendo en Italia, Noruega, Suecia, Dinamarca, Japón e incluso Turquía y Estonia. El libro pegó un acelerón semejante a los de mi Harley Road King.

Gente de todo el mundo ha entrado en mi página web www.sonnybarger.com para dejar comentarios de apoyo. Parecen haber entendido el mensaje: la libertad no es barata, no seas chivato y para ser libre a veces hay que pelear. Tras décadas de mentiras de las autoridades a través de los medios de comunicación y de los libros y artículos basura, los lectores por fin tienen entre sus manos la verdadera historia de los Ángeles del Infierno. Aproveché la oportunidad para refutar todos los embustes y deformaciones de la verdad.

La mayoría de escritores solo firma libros y concede entrevistas en grandes ciudades como Nueva York, Chicago, Los Ángeles y quizá Denver y San Francisco. Sabía que eso no le gustaría a mi gente.

Tras la presentación y firma de ejemplares inicial en Nueva York, que incluyó una fiesta con el capítulo de los Ángeles del Infierno de esa ciudad, empecé la Route 66 Sonny Barger 2000 en Chicago y atravesé Estados Unidos hasta llegar a las soleadas cos-

tas de California. Quería ir a sitios auténticamente estadounidenses como Springfield (tanto el de Illinois como el de Misuri), San Luis, Tulsa, Oklahoma y Amarillo. De allí fuimos hacia el oeste, mi territorio, llegamos a Nuevo México y Arizona, nos desviamos hasta Las Vegas y acabamos en California y la costa oeste.

Por el camino, además de en librerías firmé en concesionarios de Harley-Davidson y tiendas de motos. Fueron la solución para llegar a los más reacios. Imaginé que se sentirían más cómodos cerca de un foso de engrase y un escarparte lleno de Harley. Si a las librerías iban trescientas personas, a las tiendas de motos acudían de seiscientas a ochocientas. Después de la Route 66 fui a todo Estados Unidos, incluido Denver, Minneapolis, Cleveland, Buffalo, Rochester, Portland, Seattle y muchas ciudades del noreste. Firmé miles de libros en importantes concentraciones moteras como el *rally* de Black Hills en Sturgis, Dakota del Sur, el *rally* Cuatro Esquinas cerca de Durango, en Colorado, el Biketoberfest en Daytona Beach, el New England Bike Spectacular en Boston, el *rally* Hollister Independence en California e incluso el Bulldog Bash en Strafordshire, Inglaterra (mi primera vez). El club también se implicó y muchos capítulos de Ángeles del Infierno patrocinaron firmas en sus zonas.

En la «firma de vuelta a casa» en Oakland treinta Ángeles del Infierno de esa ciudad condujeron a mi lado hasta un concesionario Harley. Aquel día firmé casi novecientos ejemplares en un acto en el que había música en directo, exposiciones de motos personalizadas y chicas en bikini lavando motos. Los polis iban de un lado al otro y no nos quitaron el ojo de encima. Estábamos de fiesta. Una típica fiesta de Ángeles del Infierno en una firma de libros.

En el momento de escribir estas líneas, la última etapa de la gira de primavera incluye firmas patrocinadas por el Club de Motoristas Ángeles del Infierno (HAMC) en Phoenix y Anaheim. Después iré al *rally* Laughlin River Run en Nevada, y seguiré con



GENE ANTHONY

EL JEFE EN MOTO, OAKLAND, OTOÑO DE 1965. DE IZQUIERDA A DERECHA:
CLIFFORD CAPI WORKMAN, MICHAEL CANIJO WALTERS, YO EN LA MOTO Y, DE PIE
DETRÁS DE MÍ, EL PEQUEÑO RON.

Reunión en Custer

UNA RUTA EN MOTO ES una reunión, una fiesta en movimiento y para los Ángeles del Infierno, una demostración de poder y solidaridad. Nos permite sentirnos libres y alejarnos de la gran mentira. Los Ángeles no las hacen para meterse en líos, sino para ir en moto y pasarlo bien juntos. Somos un club.

La mayoría de Ángeles del Infierno son buenos conductores. Un grupo de Ángeles codo con codo a ciento veinte por hora en la carretera es un espectáculo digno de ver. Cuando se va en formación se tiene una sensación diferente, completamente distinta. Se palpa la velocidad y el peligro, y más te vale prestar atención. Lo que le ocurra al que llevas delante te va a pasar a ti también. No tiene nada que ver con la conducción de otros vehículos. Hay que tener los ojos bien abiertos. Tal como dijo Peludo, un Ángel de Oakland: «Joder, a veces vamos a ciento treinta o ciento cuarenta cuando llueve. Ni siquiera en coche voy tan rápido».

Empezamos a hacer rutas interestatales, como la USA o la Mundial, a finales de los años sesenta, cuando se fueron constituyendo capítulos de los Ángeles del Infierno fuera del estado de California. Visitábamos las sedes por el camino y los nuevos miembros se iban incorporando al grupo. Tío, íbamos de Oakland a Nueva York en esas motos sin amortiguación trasera, que botaban tanto que ir a noventa por hora era toda una hazaña. Una hora después de bajarte de la moto aún seguías entumecido y con sen-

Oakland obrera, Jungle Jim's y Ralph el estibador

EL CLAN BARGER REPARTIÓ SU existencia entre Modesto, en el centro de California, y Oakland, a cien kilómetros al norte. Cuando nací, mi viejo, Ralph Hubert Barger, trabajaba en la antigua autopista 99 del Valle Central, mucho antes de que se convirtiera en la principal ruta que atraviesa el estado. Mi padre dormía en cabañas de moteles cercanos, en puebluchos de mala muerte como Galt o Tracy, a lo largo de la autopista. Como el trabajo le mantenía alejado de la familia durante semanas, mi madre, Kathryn Carmella Barger, mi hermana mayor, Shirley Marie, y yo viajábamos como los gitanos, de un lado a otro, de acá para allá, arriba y abajo entre Oakland y Modesto. En Oakland solíamos alojarnos en casa de mi abuela paterna. Mientras mi padre echaba paladas en medio de las tormentas de polvo y el humo del asfalto, Kathryn Carmella se las veía y se las deseaba para mantenernos en una desvencijada casa alquilada en Modesto y en el humilde piso de la abuela Barger en Oakland. Para desplazarnos utilizábamos los autobuses Continental Trailways.

Mi «madre perfecta», al cabo de cuatro meses de tenerme se fugó con un conductor de Trailways. El día que plantó a mi padre me dejó con la cuidadora y no volvió nunca más. Al no aparecer, la canguro llamó a la policía para que vinieran a buscarme. Todavía era un bebé y ya me habían llevado pa'lante y estaba a punto

En el Pozo de la Serpiente

CUANDO SE PRODUJO EL altercado en Hollister, California, en 1947 solo tenía nueve años. Lo que comenzó como una carrera autorizada de la Asociación Motorista Americana acabó yéndose de las manos cuando los miembros de los primeros clubes rebeldes como los Cabrones Cabreados y los Luchadores de la Priva se emborracharon, se embroncaron y empezaron a hacer carreras por las calles y a derribar semáforos. Se suponía que iba a ser la típica reunión anual de la AMA, tal como la habían organizado en otras ocasiones, pero todo salió mal. Se detuvo a los motoristas escandalosos por delitos de conducta lasciva, embriaguez pública y exhibicionismo. Según lo que me contaron mis amigos mayores, fue la primera vez que Estados Unidos experimentó un infierno sobre ruedas. Seguramente lo fue.

Salvaje, la película protagonizada por Marlon Brando y Lee Marvin, se estrenó en 1954, cuando todavía estaba en el instituto. Fue todo un éxito, basado en lo que sucedió el 4 de julio de 1947 en Hollister y se inspiró en un artículo escrito por Frank Rooney para el *Harper's Magazine* en 1951. Al parecer su impacto fue tal que los Luchadores de la Priva se disolvieron al poco tiempo del estreno y alegaron que la película había desacreditado de forma irreparable la reputación de los moteros.

Cuando la vi Lee Marvin se convirtió instantáneamente en mi héroe. Su personaje, Chino, era mi modelo. Johnny, interpretado

Harley, chopper, full dresser y ruedas robadas

Si alguien merece algo en el mundo de los moteros, es Sonny. Nos enseñó el camino. Hay gente que lleva esos putos parches en los que pone: «Conduce para vivir, vive para conducir». ¡Y una mierda! En cuanto las cosas se ponen feas lo primero que venden es la moto. Sonny es el que impulsó el estilo de vida de los moteros. El actual estilo de vida rebelde no existiría de no haberlo creado él.

Cisco Valderrama, presidente de los
Ángeles del Infierno de Oakland

SIEMPRE ME HAN VUELTO loco las motos. Cuando era niño los policías motorizados de Oakland solían aparcar delante de casa para pillar a los conductores que se saltaban la señal de *stop* que había en la esquina. El Departamento de Policía de Oakland utilizaba motos Harley e Indian, estas últimas de dos cilindros en V con cabeza plana. Tío, flipaba con aquellas motos. A pesar de que no me gustaban los polis, me acercaba para hablar con ellos y así poder contemplar aquellas máquinas. Una vez uno de los polis puso en marcha la suya de una pedalada y mi perro King se asustó y le mordió. Pensé que lo llevarían a la trena para perros, lo cogí y me fui corriendo. Aquella noche la policía llamó a la puerta de casa. Por suerte mi padre apaciguó los ánimos y nos permitieron conservar a King si prometíamos que no le permitiríamos salir hasta que acabara la cuarentena de la rabia.

Después de la Segunda Guerra Mundial lo que más molaba conducir en California eran las motos. Muchos de los soldados

Los Orgullosos, los (Asquerosos) Elegidos... los Ángeles del Infierno

LA HISTORIA DEL CLUB de Motoristas Ángeles del Infierno es la de una hermandad muy selecta de hombres que lucharían y morirían unos por otros sin importar el porqué. El capítulo de los Ángeles del Infierno de Oakland, al igual que el resto, se basa en la individualidad de sus miembros. Por él ha pasado mucha gente, han vivido y han muerto, y muchos de sus miembros siguen entre nosotros dando caña codo con codo con los jóvenes. La vida que llevaron algunos supera toda ficción, son tipos únicos en su especie y cuando las cosas se ponen feas, los puños empiezan a levantarse o las balas a silbar, mola tenerlos a tu lado.

Empezamos a poner apodos cuando la publicidad nos hizo famosos. Un día que estábamos rodeados de periodistas uno de ellos le puso el micrófono en la cara a John Terence Tracy y le preguntó:

—¿Cómo se llama, señor?

—Terry el Vagabundo —contestó Marvin Gilbert sin vacilar.

Entonces el periodista se volvió hacia Marvin y le preguntó:

—¿Y usted, cómo se llama?

—Marvin, Mugriento Marvin —contestó.

Esos nombres, inventados en el momento, perduraron. En cuanto a mí, siempre me han llamado Sonny, aunque algunos de los miembros más veteranos me dicen el Jefe.

Parientas, novias y la doncella de Livermore

MUJERES, PARIENTAS, CHATIS, TÍAS... No se puede vivir sin ellas ni utilizar sus huesos para la sopa. Donde hay Ángeles del Infierno sin duda hay tías, parientas y chicas de vida alegre. Cuanta más calidad tenga la parienta, mejor es el Ángel del Infierno. Tener una parienta a la que no le importa que su hombre se divierta marca la diferencia entre un buen Ángel del Infierno y uno excelente. Hacemos todo lo posible para que las mujeres que salen de ruta, vienen a las fiestas de la sede o se relacionan con nosotros se sientan totalmente seguras. El que toca a la parienta de un Ángel del Infierno se arriesga a desatar la cólera no solo de ese miembro, sino de todo el club.

He salido con muchas chicas, pero en general soy hombre de una sola mujer. Créeme, no soy un experto en tías. Las mujeres me han dejado perplejo desde que era niño, empezando por mi madre.

Después de abandonarme cuando era niño mi madre me escribió cartas e intentó contactar conmigo, pero las tiré sin abrirlas. Preocupada porque no le contestaba, llamó al *sheriff* para que comprobara qué tal estábamos. Los polis hacían más servicios sociales entonces y me preguntaron si había recibido las cartas. «Sí, las tiré, ¿pasa algo?»». Me advirtieron que si no las contestaba me meterían

Los fabulosos y lisérgicos años sesenta

«LOS ÁNGELES NUNCA CAMBIARON —aseguró el profesor de folclore de UCLA Donald Cosentino en un documental de 1999 sobre los Ángeles del Infierno—. Todo el mundo a su alrededor lo hizo. Cada vez que queríamos que actuaran de otra forma, cada vez que la izquierda intentaba que fueran los tribunos de la clase trabajadora, cada vez que los *hipsters* querían que se comportaran como *hippies*, cada vez que la cultura de la droga quería verlos como aliados, fallaron».

Los Ángeles del Infierno es una organización apolítica, pero cuando empezaron a celebrarse marchas por la paz en los años sesenta hubo muchos miembros a los que no les gustó la actitud antibelicista de los radicales la clase alta contra veteranos como nosotros. Una tarde decidimos expresar nuestra opinión y adoptar una postura contra aquellos pringaos izquierdistas a favor de la paz.

«¡Vamos a joderlos!», pensamos.

El 16 de octubre de 1965 hubo una manifestación en la calle Adeline, la línea que separa Oakland de Berkeley, en contra de la llamada a filas convocada por el Comité del Día de Vietnam. La noche anterior, a última hora, cuando los organizadores prefirieron no enfrentarse a la policía de Oakland, pidieron a los ciudadanos de Berkeley que no acudieran. Pero al día siguiente los manifestantes estaban listos para entrar en acción. La maquinaria antibelicista aceleraba para entrar en combate. Ocho mil manifes-